

grande imprevisión fundados allá en París, con mayor todavía suprimidos; talleres de cuyas agitaciones enfermó la República, y cuya supresión trajo consigo las jornadas de Junio, que fueron la ruina y la muerte.

Desde la prefectura de Lyon tan hábilmente desempeñada, pasó á las Asambleas constituyente y legislativa donde mantuvo con ardor los principios de la democracia, y peleó con empeño contra la reacción y la dictadura. Mas no hay que desconocerlo; el principal mérito de Arago estaba en el nombre y en el prestigio de su ilustre padre. Este sábio ha muerto ayer y pertenece ya á las edades legendarias. El día en que el arte moderno comprenda toda la inspiración encerrada en los combates por la verdad, en los trabajos por la ciencia, en los martirios por la luz, habrá algún Homero que escriba la Odisea de sus viajes á través de la España en guerra; del África salvaje, entre las tribus en armas y las fieras hambrientas; del mar azotado por las tempestades y celado por los cruceros ingleses; sus batallas con los bandidos y las hordas; sus largos cautiverios, sus terribles tormentos por calcular con exactitud los grados del arco meridiano terrestre; y la polarización de la luz, que ha revelado á nuestra débil vista la atmósfera del apartado sol; y la imantación del hierro y del acero por la electricidad que ha mostrado las relaciones misteriosas entre los fluidos; y el magnetismo por rotación que ha dado á la medicina tantos recursos y á enfermedades horribles tanto alivio, encontrarán sin duda en algún Camoens, que sienta necesidad de cantar los descubrimientos en los espacios luminosos, las Luisiadas, no del mar pequeño y estrecho ante lo infinito, las Luisiadas del cielo. Y este hombre que había penetrado en los profundos secretos del Cosmos, penetró á su vez en los profundos secretos de la política; y alcanzó á entrever que así como la atracción sostiene los astros en los espacios, el derecho sostiene las almas en la sociedad. Y fué re-

publicano, sí, republicano nacido en la primera revolución; republicano ante las glorias del primer Bonaparte que deslumbraron á tantas gentes; republicano ante las infamias de la restauración que á tantos descorazonaron; republicano bajo la infame política de Luis Felipe que á tantos corrompiera; republicano capaz de oponerse á los caprichos del pueblo en armas y de condenar la bandera roja, símbolo de la guerra; republicano que bebiera la luz de la verdad en los cielos, y pugnaba por derramarla sobre la tierra, sobre la sociedad, á través de la conciencia pública, incapaz de recibirla y de concentrarla, si no era tan pura y trasparente como el aire. Y un hombre, gloria de su siglo, orgullo de su raza, vió el gobierno á que pertenecía, la República que adoraba, la democracia, por cuyo advenimiento pugnara, en dolores gravísimos que engendraron las jornadas de Junio, cuyas tristezas cayeron como negra noche sobre su despedazado corazón. Desde entonces, desde aquel día siniestro, en que vió su gobierno asaltado por el pueblo, y su nombre mezclado en los combates sangrientos, se le cayeron las alas del corazón y de la inteligencia, se le acabó la salud de bronce, y fué á morir en el dolor después de cuatro años de insomnios y de angustias, que arrojaron sombras espesísimas sobre los últimos resplandores de aquel nombre inmortal y sobre los últimos días de aquella vida sin mancha. Napoleón Bonaparte, después del golpe de Estado, le eximió de todo juramento, y á pesar de las protestas que el ilustre republicano lanzara sobre aquella grande infamia, le dejó morir tranquilo en el observatorio de París, al pié de su telescopio, que había robado, como Prometeo, tanta luz y tanto fuego á los cielos. Su hijo se sumió en el retraimiento que abandonó en su defensa del patriota polaco, la cual le valió su entrada en el Cuerpo Legislativo, donde fué á reforzar la valiente y elocuentísima minoría que pugnaba por derrocar al Imperio y por

alzar sobre sus ruinas el pabellón de la República.

Harto lo necesitaba la minoría republicana. Una agitación, impremeditadamente suscitada le trajo graves dificultades con el gobierno y triste impopularidad en el cuerpo electoral. La constitución napoleónica imponía al gobierno la obligación de reunir cada seis meses el Cuerpo Legislativo. De una legislatura á otra legislatura no podía trascurrir medio año. El Emperador, que divisaba las graves complicaciones de su cambio de política, y los procelosos debates de la Cámara últimamente elegida, remitió la convocatoria y la reunión del Cuerpo Legislativo al 29 de Noviembre, fecha en que se traspasaba con exceso el plazo constitucional. Había entre los diputados de la izquierda uno llamado el conde Keratry, antiguo amigo del Emperador, huested algunas veces de Saint-Cloud, expedicionario á Méjico, indeciso entre la política reformadora de Emilio Ollivier y la política á la sazón orleanista de M. Thiers, inclinado á la izquierda en busca de popularidad; y que teniendo afán de meter ruido y de llamar la atención pública sobre su persona y sobre sus actos, acababa de publicar un manifiesto calorosísimo en el cual juraba presentarse en la Cámara y discutir y votar como diputado, pesará á quien pesara, el veintiseis de Octubre, día preciso de la terminación del plazo constitucional. No calculó bien el manifestante las dificultades y los peligros de aquella empresa. Si el gobierno le dejaba entrar en la Cámara, instalarse en su banco, gritar en la soledad, y discutir con las sombras, quedaba en ridículo. Y si el gobierno se empeñaba en cerrarle por fuerza la Cámara, y esto le traía un conflicto en las calles de resultas de la pública exaltación, manchábase inútilmente de sangre. El proyecto del conde Keratry reducido á una manifestación personal y apoyado solo por su palabra y por su voto, no tenía en sí ninguna importancia ni en sus resultados ninguna

trascendencia á la política. Pero hombres mucho más importantes, diputados mucho más influyentes, suscribieron á este proyecto y lo realzaron con su autoridad y su prestigio. Gambetta estaba á la sazón en Suiza y desde allí se adhirió á la idea de su colega en estas ardientes palabras: «Emperador, ministros, »senadores carecen de derechos y de facultades para burlarse indefinidamente del sufragio universal. Y en todo caso tenemos el »ministerio de desenmascarar las miserables »intrigas de una dictadura que agoniza en la »impotencia.» Bancel escribe á su vez desde una de sus quintas que el veintiseis de Octubre iría á París á cumplir en todo su severo rigor los deberes de representante del pueblo. Ferry á su vez publica entusiasta proclama citando á sus colegas en la plaza de la Concordia, para el día señalado á la manifestación y á la protesta. Los electores de Garnier-Pagés le conjuran á cumplir en aquel momento supremo resoluciones de viril energía. Víctor Hugo derrama sobre este oleaje de la pública agitación la sonora tempestad de su palabra. Los impacientes, los temerarios; los que gustan de las revoluciones, como el artista del arte, por la revolución misma; los que quisieran una sociedad aquejada de continuos ataques epilépticos, se congregan, se dan la señal para los combates futuros, y creen próxima una victoria, como ellos la desean en sus estravagantes ensueños, una victoria cruentísima. El periódico de los rojos toca á rebato diciendo que la agitación superaba á la sentida por el pueblo de París en las vísperas de sus gloriosas victorias, en los días de Julio de 1830 y de Febrero de 1848. El viejo Raspail, que jamás aprendía cosa alguna en la historia larguísima de los retrocesos políticos y de las derrotas y cautiverios personales, juraba asistir, y conjuraba al pueblo de París á quedarse en sus casas, antigua fórmula y antigua táctica de llamarlo á escabrosas manifestaciones en las calles.

La prensa moderada del partido republi-

cano prestó con su sensatez y su prudencia un nuevo servicio al orden público amenazado y á la libertad gravemente comprometida. Sus redactores vieron que aquella manifestacion traia la necesidad de entrar por fuerza en el Cuerpo Legislativo; y esta entrada por fuerza la consecuencia de un arresto violento; y este arresto violento la complicacion de un combate en las calles; y este combate en las calles la seguridad de una derrota; y esta derrota el restablecimiento de la salud y del vigor en el Imperio. Aconsejados solo de su conciencia, atentos á los latidos de su corazon patriótico, arrojáronse con ímpetu en la corriente, y decidieron contrastarla y someterla á los consejos de la más vulgar y más rudimentaria prudencia, condenando á una con vigorosísimo acento, con profunda conviccion, aquel inútil acto de demencia. Algunos emigrados, cuya voz era oida como la voz de los oráculos del dolor y del destierro, hablaron tambien para condenar tan poco madurada resolucio. El conde Keratry, advertido por amigos más cautos que él, y tocado por la verdad de sus reflexiones en el corazon, desistió de su empeño, y aseguró que no acudiría el 26 de Octubre á la plaza de la Concordia, por temor de que un acto de oposicion legal se convirtiera en comienzo de revoluciones violentas.

Patriótico era el desistimiento; pero hubiera sido más patriótica la prevision. Los diputados republicanos salian quebrantadísimos de aquel intento frustrado. La extrema izquierda del partido les echaba en cara con algunos visos de fundamento la precipitacion pueril en abrazar y en abandonar viriles resoluciones. Aquellos candidatos avanzados, que en las últimas contiendas electorales fueran vencidos por candidatos más sensatos, presentaban á sus rivales como apóstatas y traidores; palabras corrientes en las cavilaciones demagógicas que como los melodramas románticos necesitan de la traicion

á toda costa. En todas las locuras humanas hay siempre su monomanía predominante. Sobre todo, los vencidos en las rivalidades electorales no se resignan jamás á reconocer el mérito y la superioridad de su vencedor. Muchas veces, leyendo las páginas caldeadas y sangrientas de la tempestuosa Revolucion francesa, que, no contenta con haber consumido en diez años toda la gran cosecha de génios, de políticos, de héroes, producida por las ideas humanitarias del siglo décimo-octavo en su maldita y hambrienta guillotina, ha trastornado el seso de las generaciones sucesivas, haciéndolas tomar el crimen por grandeza, y acostubrándolas á los delirios revolucionarios; no he podido ni comprender ni explicar cómo los clubs tenían poder incontrastable, señalaban á la muerte los oradores más ilustres, disponian de los gobiernos más fuertes, segaban los partidos más poderosos, primero los girondinos, luego los dantonianos, por último los jacobinos, quitando todas sus cimas á la democracia y todas sus personificaciones á la República, para que pudiese asentarse tristemente sobre aquellas desoladas llanuras, sobre aquellos amontonados cadáveres, el Imperio con sus cortesanos; hasta que he comprendido que todas aquellas cóleras estaban animadas y henchidas por los resentimientos electorales, por la rabia de los vencidos, que crearon una Asamblea revolucionaria fuera de la Asamblea legal, oprimiendo, devorando á todos los representantes de las leyes, á todos los depositarios de la voluntad popular en los odios de su baja envidia y en las furias de sus implacables venganzas. Pues bien; rencores de este género llevaron á los diputados de la izquierda á reuniones análogas, donde les arrancaban algo superior á la vida, la estimacion y la honra. El demagogo Vallés que disputara á Julio Simon el triunfo de una de las circunscripciones, citó á este y á sus compañeros á que se presentaran á una reunion pública con el imperio del juez que llama al

reo para concluirlos allí, para decapitar su reputacion y su nombre con la crueldad del verdugo. Los citados fueron, no diré bastante débiles, diré al contrario, bastante valerosos, para acudir á la cita. El auditorio los recibió con despego y hasta con amenazas murmullos. El candidato vencido leyó una especie de requisitoria acusadora al candidato vencedor entre los estremecimientos mal reprimidos de aquella asamblea delirante. Concluida la siniestra lectura, apercibíanse á largo interrogatorio á semejanza de un Consejo de los Diez en Venecia, cuando Eugenio Pelletan se levanta, y protesta con enérgica entereza y firme acento contra las maniobras y manipulaciones de aquella Inquisicion demagógica. Las injurias más soeces ahogaron la elocuente voz, oida siempre con respeto. Julio Simon quiso explicar las razones de su conducta; pero el público perturbado solo escuchaba los propios resentimientos. Bancel mismo, que perteneciera siempre á la vanguardia del partido; que lucia en su espaciosa frente la aureola de larguísimo destierro, las señales de glorioso martirio; y cuya palabra, llena de seduccion y de armonía, hubiera penetrado los corazones más duros y hubiera rendido los enemigos más implacables, Bancel es maldecido, calumniado á vociferaciones indescriptibles por aquella turba ébria de odio y de venganza. El tumulto fué tan grande, las amenazas tan terribles, que los diputados del pueblo se abrieron paso con dificultad entre las oleadas de aquellos furiosos y ganaron la calle, merced

al valor de algunos ciudadanos enteros y á la proteccion de la misma policía del Imperio.

La extrema izquierda se vió obligada á lo que por tanto tiempo rechazara, á la publicacion de un manifiesto. Este documento, escrito en severo estilo, explicaba la conducta pasada y la conducta por venir de la oposicion republicana. La reserva usada en los primeros dias de la legislatura se explicaba allí por las necesidades y las exigencias de la táctica parlamentaria. La izquierda prometia solemnemente trabajar por la destruccion total del poder cesarista, pero con los instrumentos del trabajo pacífico. La próroga del Cuerpo Legislativo, que estuvo á punto de engendrar un conflicto sangriento, seria materia de interpelacion; y de proposiciones de ley la reforma de los reglamentos parlamentarios, los progresos del sufragio universal, la emancipacion de los municipios, el armamento del pueblo, la libertad de la imprenta, el derecho de las asociaciones pacíficas, el programa de las democracias modernas. Y al final de este manifiesto dirigian severas advertencias á los perturbadores que trastornaban el pacífico ejercicio de la libertad y á los insensatos que clamaban por el próximo advenimiento de una revolucion. Bajo estos auspicios se abrieron las Cámaras y se comenzaron las discusiones en el momento mismo en que el poder personal recibia sangrienta herida y se acercaba á inevitable muerte.